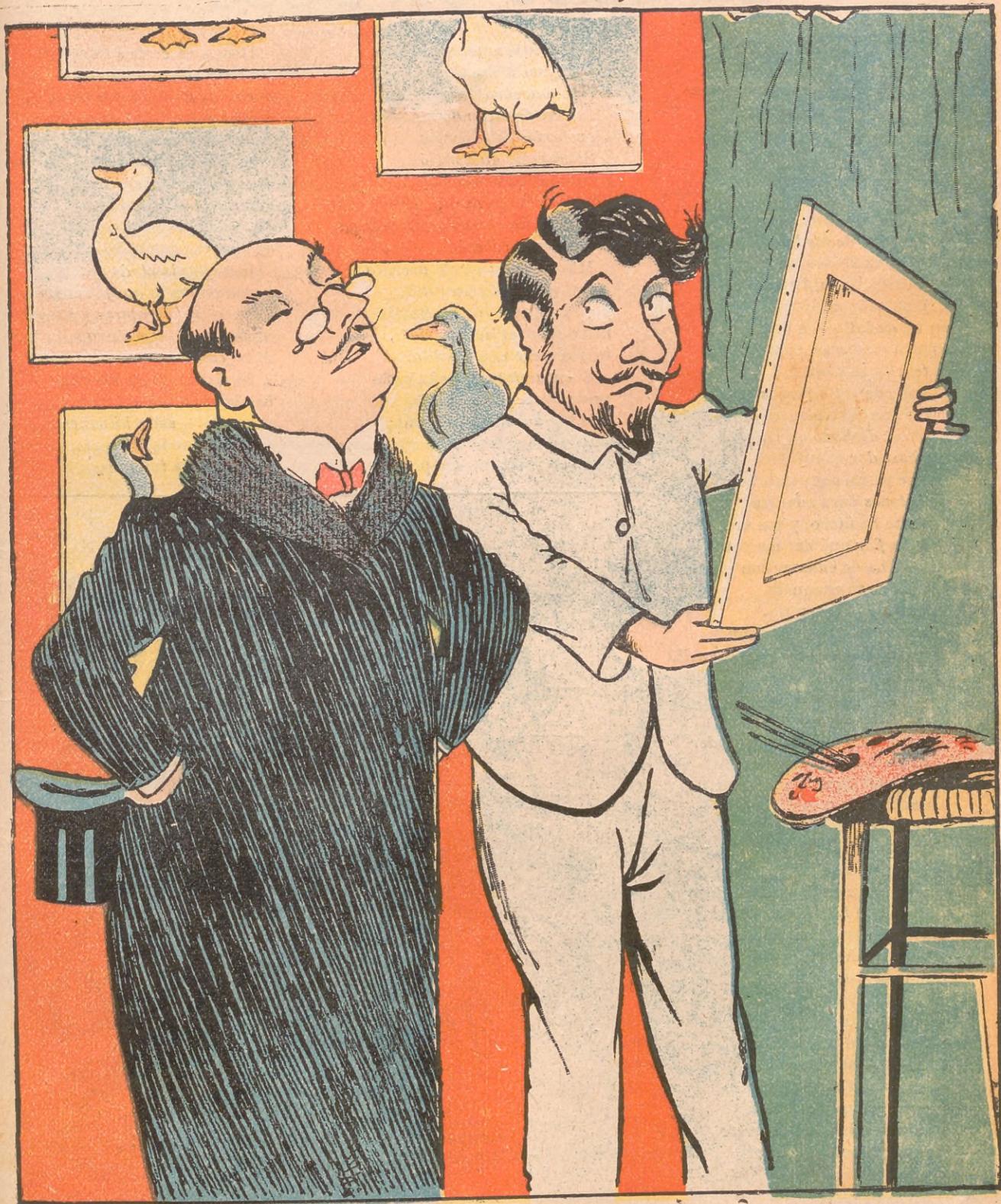


MAMARRACHOS

Administración: Plaza de Tetuán, 26.-BARCELONA



—Como yo no pinto absolutamente más que patos, usted comprende que sería ridículo de poner mi firma.
—Comprendo que es inútil, porque en cuanto vea pintado un pato diré: Zurbano lo ha pintado.

Precio: 10 céntimos



DE TODO UN POCO

ESTILO COSTURERO

Ya veo, Antón, que me incitas con bien *festonadas* cuitas, y que no hay quien te descalce, cuando darte algún *realce* quieras, *enhebrando* citas.

Sin *adornos* me prefieres á otras que saben lucirse; mas verme de *moda* quieres, ó, como suele decirse, de veinticinco *alfileres*.

Y no cabe mi ilusión en un *dedal*, ni en dos orzas, viendo arrastrar, caro Antón, la *tela* de tu pasión, á pesar de sus *alforzas*.

Pero aunque bien me concentro, y con el *dechado* que labras fijo *bastidor* encuentro, no me pasan tus palabras de *botones* para adentro.

Ya te he dicho, y ten memoria de esta *flor* que dar me peta, que no ha de *enlazar* con gloria el *ojal* de tu chaqueta la *cinta* de la victoria.

Más altos mis humos son, y ha de ser quien me unza el *cuello figurín*, no figurón; algo joven, algo bello, algo rico y algo *don*.

¡Dale que me has de *prender á cadeneta*! ¡Qué engorro! y aunque, según puedes ver, no quiero de ti ni el *forro*, *jtijeretas* han de ser!

Vueltas das cual *argadillo*; mas sé, cuando me pretendes, que en tu afecto hay *dobladillo*, pues por el *hilo* .. ya entiendes, suele sacarse el *ovillo*.

No extrañes que yo barrunte que todas tus *repasadas* de asedio tienen *respunte*, y aún sé, sin que lo pregunte, á dónde van tus *puntadas*.

Así, á pesar del *ribete* de ese amor de viejo cuño, pienso, galante *corchete*, que me estás dando *carrete*, por pegármela de *puño*.

Si yo, cual muchas señoras, me *plegase* á *chicoleos*, ó bien *marcara* deseos de andar *frunciendo* las horas en *volantes* *chichisveos*.

Sobrárame *guarnición* de novios de morondanga, *cupiditos* de *punzón*, que, cuando entran por la *manga*, salen por el *cabezón*.

Mas en no hacer de *presilla* tengo *puntillo* y *puntilla*, y en rasguear soy á menudo firme como el *lienzo-crudo*, fuerte como una *bastilla*.

Si *enjaretarme* algún daño pretendiste por mi *traje*, mal has *zurcido* el engaño; que, aunque mal mi dicho *encaje*, soy *remiendo* de otro *pañó*.

Damos ya *corte* á tu queja, y de poner pronto deja *cuchillos* de amor por obra, que ocasión habrá de sobra para *enredar la madeja*.

En fin, por más que le has dado para sujetarlo *herretes*, tu fin es tan *escotado*, que *ondas* enseña y *ojetes*, y... ya ves que te he *calado*.

Ir de *punto atrás* procura; y aunque en la *aguja* reparas, cuando en el *trapo* te amparas, no te metas en *costura*, ni en *camisa* de once *varas*.

Ni más tu deseo *devanes bordando* amante faena, ni más plegarias *hilvanes*, y adios, que la Magdalena no está para *tafetanes*.



—¡Veintinueve! primavera! ¡Omite unas cuantas!
—¡Claro, como algunos años apenas se conoce!

FIARSE DE APARIENCIAS

I

Llovía.

Y no como se quiera, sino de un modo copioso, á charrón.

En el pueblecillo de Parla, que me parece demasiado pequeño para que, de él, hayan salido todos los parlanchines que hay en el mundo... y aun todos los de España... Y si me apuran ustedes mucho, hasta todos los de Madrid; en el pueblecillo de Parla, digo, y en una especie de taberna, con honores de posada, hallábanse, entre otros, dos individuos á quienes nos interesa conocer.

El oficio del uno, era fácil de conocer, por la simple inspección de su traje: sombrero de copa, con escarapela, levitón azul con botones dorados, guantes blancos, colocados encima de una mesa de despintado pino... Y una fusta, inmediata á él, apoyada en un rincón, contra la pared.

¿A qué han adivinado, ustedes, que era un cochero?

El otro... el otro resultaba más indefinible, lo hubiera sido, por completo, sin un detalle que le hacia traición.

Iba completamente afeitado y, como no llevaba coronilla, ni coleta, podrá apostarse doble contra sencillo á que se trataba de...

Pero oigámosle, mientras trinca, fraternalmente, con el auriga, y casi seguramente nos sacará, él mismo, de dudas.

—¡La verdad es que me ha hecho usted el favor número uno, pues si llegan á cogermes esos bárbaros de Torrejón!...

—Pero ¿por qué estaban tan irritados con usted?

—Por... porque les he dado un *Molinero de Subiza*, con cuatro comparsas y sin enanos, ni gigantones, ni columpios, ni procesión, ni bandurristas, ni más que una guitarra... ¡y esa porque nos la dejó un barberol... ¿Qué querían, por veinte céntimos la entrada y una perra gorda, el asiento?...

—¿Y sus compañeros de usted?

—¡Qué se yol... ¡Allá se las arreglarán! Yo, como estoy

avezado á estos percances, había dejado junto á un bastidor, el lio de mi ropa y, al ver que, el público, iba á asaltar el escenario, después de tirarnos tronchos y patatas, salí escapado, cogí el lio y... ¡pues, para qué os quiero!... Al advertir mi fuga, me persiguieron; pero, entre la lluvia y el oportuno encuentro con usted, he logrado ponerme fuera de su alcance... ¡Eal! ¡Otro trago!



—Antonia, mi mamá se queda á comer. Le regalaré un duro si todo sale bien.

—¡Pero señorita! Si su marido ya me ha dado dos para que la comida salga mal.



—¿Si me obedece mi yerno? No es necesario que le enseñe los dientes.



—¿Está usted contento de mi chico?

—¡Ya lo creo, señora! ¡Empieza á vender á la perfección! Sabe dar muy bien nueve onzas por doce.

¡Por fortuna, tengo en el bolsillo, el importe de la taquilla!...

Y el cómico de la legua y el cochero, volvieron á trincar.

Luego, el segundo, dijo:

—Ahora, yo, tengo que marcharme á Getafe... Mi amo me espera allí...

—¡Hombre! ¡No hagas los favores á medias!...

—¿Qué más quiere usted?

—Llévame hasta allí... En Getafe tomaré el tren para Madrid..

—¡También aquí puede usted tomarle!...

—Pero estoy demasiado cerca de Torrejón y, si viene alguno de allá y me reconoce y me hace detener...

—¡En fin, bueno! Suba usted en el coche... ¡Aunque si, Su Excelencia se entera, me habré caído!...

—¡Bah! Le dices que me encontraste enfermo, en el camino y, por muy gobernador que sea, no ha de dejar de elogiarte, por tu humanidad...

—¡Eal Pues pague usted y vámonos pronto!...

El actor, á quien sus compañeros habían puesto el apodo de *Tropezones*, pagó el insignificante gasto, dirigióse al cobertizo donde se hallaba el coche y se instaló en los blandos almohadones de éste, exhalando un suspiro de satisfacción.

Momentos después, el auriga enganchó y, ambos individuos, el uno en el interior y, el otro, en el pescante del vehiculo, emprendieron la marcha á Getafe, yendo á parar, como Su Excelencia lo había ordenado, á casa del señor Escabiosa uno de los mayores contribuyentes de la población.

II

—¿Con qué ha venido en coche?—preguntó el señor Escabiosa, á la criada, que acababa de participarle la llegada de un señor, que pedía hospitalidad, por un par de horas.

—Sí, señor, un coche muy majo...

—¡Oh! Entonces es una persona importante... ¡Hay que hacerle los honores en debida forma!...

—¡Jum!...

—¿Qué es eso de jum?...

—No tiene facha de...

—¿Qué sabes tú?... Esas gentes, á veces, van más sencillas y más descuidadas que nosotros... Mientras que yo aviso á mi mujer y nos arreglamos para salir á recibirle, infórmate de si quiere algo y sirvele lo que te pida... ¡Con la gente de coche hay que estar bien!... ¡Puede ser un diputado... un ministro!...

—¡El amo está chiflado!—pensó la fámula.—¡Pero hay que obedecerle!...

Y bajando al jardín, donde se hallaba *Tropezones*, transmitióle los ofrecimientos de su amo...

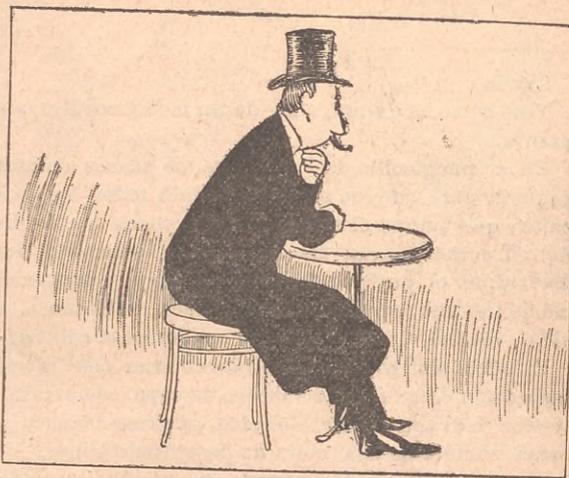
¡Qué si quería tomar algo!... ¡Vaya si lo quería el cómico de la legua!...

Pusieronle la mesa, en el mismo jardín y, allí, se le sirvió una cena opipara.

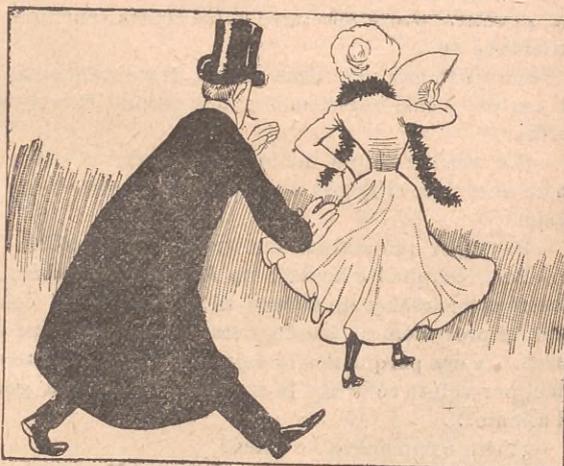
Concluyéndola estaba, cuando se presentó el señor Escabiosa y, luego de los cumplimientos de rúbrica, dijo:

—Ahora, si usted lo permite, haremos que coma su cochero y que se dé un pienso el caballo...

—¡Ah!—exclamó *Tropezones*.—¡Es verdad! ¡No había caído en ello!... ¡Cómo no tengo costumbre de ocuparme en esas cosas!...



—Aquella máscara debe ser preciosa...



—¡Psit! ¡Psit! ¡Mascarita!



—Permíteme ver sólo por un momento...
—¡Retírate majadero!

CARNAVAL



—Imposible, te seguiria hasta el fin del mundo.
—¡Imbécill!



—Te lo suplico de rodillas, descubre un momento tu vivo rostro.
—¿Habrás visto majadero?



—¡Hombre, déjeme usted en paz que yo ya se porque me pongo una careta! ¡Mamarracho!
—¡D. Ruperto!

—¡Ya lo comprendo!... En su casa de usted, el mayordomo...

—¡Eso es! ¡El mayordomo!...

—Y la servidumbre...

—¡Claro! ¡La servidumbre!

—Usted se verá siempre rodeado de mucha gente...

—¡Ay! ¡Sí!... A veces, demasiada gente...

—¿Y ocupa usted algún puesto importante, sin duda, en algún ministerio?...

—Precisamente en el ministerio... no. ¡Pero, á veces, estoy en los reales Alcázares!...

—¿Cerca del Monarca?...

—¡De los Monarcas!...

—¡Sí, sí!... ¡Ya comprendo!...

Y Escabiosa pensó:

—¡Dabe tener un alto cargo en Palacio!

—Pues bien, —añadió, en alta voz,—en este mundo, no hay hombre sin hombre...

—Yo, he visto más bien, que, en este mundo, no hay hombre sin mujer...

—¡Ja, ja, ja!... ¡Qué gracia tienen estos señores de Madrid!... Lo que yo le quería decir á usted, es que, mi señora, está empeñada en que... me crucifiquen... ¿Comprende usted?

—¡Es un deseo muy general, en las señoras, cuando se trata de sus maridos!...

—¡Y si usted, al ir á Madrid, quisiera llevarse una notita!... ¡Con su recomendación y, nosotros, que daríamos, por otra parte, un empujoncito!...

—¡Entendido! ¡Entendido! ¡Pues, nada, haga usted la nota esa; me la da, envuelta en... en un billete, porque ya sabe usted que, en la Corte, ni aun las recomendaciones sirven, si no van apoyadas en algo positivo y!...

—¡Es cierto!... ¡Espere usted!...

¡Y aunque parezca mentira, Escabiosa entró en su casa y, á los pocos minutos, volvió á salir, con la nota y el billete!

¡Un billete de quinientas pesetas!

Tropezones se apresuró á salir, bajo el primer pretexto que se le ocurrió, encaminóse á la Estación y, en el primer tren, se metió en Madrid...

—¡Mucho tarda, su amo de usted!—dijo Escabiosa, al cochero que, luego de haber comido, arreglaba el caballo y el carruaje.

—¿Qué tarda? ¡No lo crea usted!... ¡Yo no le espero hasta mañana!...

—Pues si me dijo, al salir, que volvía en seguida!...

—¿Pero de quién habla usted?

—¡Del caballero que estaba aquí hace poco!...

—¡Ese no es mi amo!

—Pues ¿quién es?...

—¡Un cómico tronado, á quien querían matar, con razón sobrada, los de Torrejón de Velasco, y á quien, por compasión, admití en mi coche, para que no le cogiesen!...

—¡El muy bribón se me ha llevado quinientas pesetas, que le di creyéndole un personaje, para que hiciese que me crucificaran!...

—¡Pues ya está usted crucificado!... ¡Conque no se quejará usted de que no le ha servido pronto!...

No engañarías, á fe,
su fe con tan buenos modos,
si éste, y aquél, y ese, y todos,
supieran lo que yo sé.

SONETO

Anteayer nos casamos; hoy querría
doña Pérez, saber ciertas verdades:
decíme, ¿cuánto número de edades
infunda el matrimonio en solo un día?

Un anteayer soltero ser solía
y hoy casado un sin fin de Navidades

han puesto dos marchitas voluntades
y más de mil antaños en la mia.

Eso de ser marido un año arreo
aun á los azacanes empalaga:
todo lo cotidiano es mucho y feo.

Mujer que dura un mes se vuelve plaga,
aun con los diablos fué dichoso Orfeo
pues perdió la mujer que tuvo en paga.

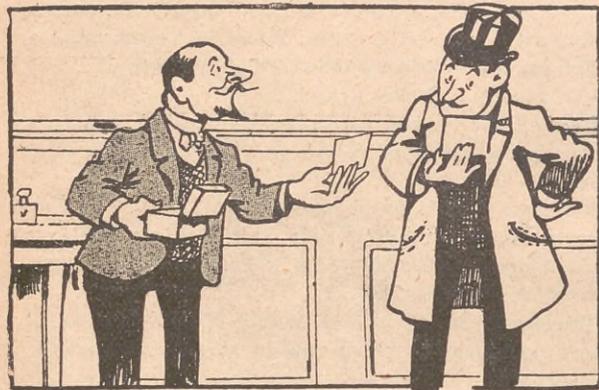
CONSECUENCIAS MERCANTILES DE UNA GRAN CRUZ



El primer beneficiado es el Gobierno que aumenta sus ingresos con los telegramas de felicitación.



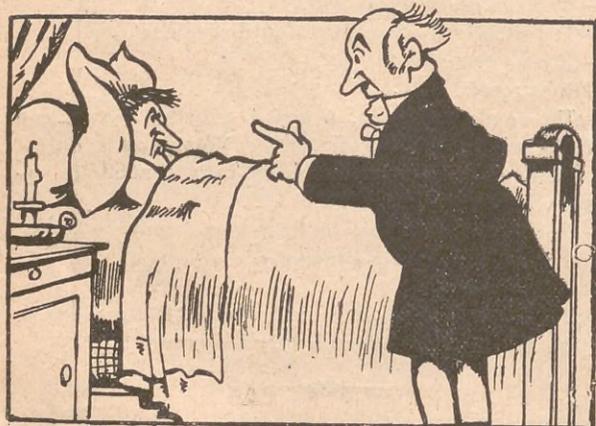
Después los vendedores de champagne, pues una gran cruz hay que regalarla.



El impresor, que debe confeccionar trescientas ó cuatrocientas tarjetas con el nuevo título.



El sastre, que tiene que hacer ojales en todos los sobretodos.



Los médicos y farmacéuticos, pues la ictericia pilla á los que no han sido agraciados.



Y á nosotros, caricaturistas, que cambiamos por un puñado de pesetas, una página como ésta.

ENERO

Son los meses doce hermanos,
pero no doce gemelos,
que por riguroso turno
corren la escala del tiempo.

Es padre y madre de todos
el año, y también abuelo,
y si alguno se casase,
quisiera ser hasta suegro;

Que á tan extremado punto,
guiado de su santo celo,
ata el *uno* de los *doce*,
los lazos del parentesco.

A Enero, entre dicha prole,
por el más anciano tengo;
y es el más joven Diciembre,
sin que sea el más pequeño;

Pues su estatura constante,
aún en los años bisiestos,
excede en algunas líneas
á la del mes de Febrero.

Mas de la talla prescindo,
y en el asunto siguiendo
de las edades, al orden
cronológico me atengo.

Es Enero, lo repito,
no tan sólo el primo-génito,
sino también primo-nato,
y, por lo tanto, el más viejo;

Pero tan cascado, el pobre,
y de calor tan ajeno,
que á describirle bastara
el caricato bosquejo

De un rendido caminante
que va de este mundo huyendo
con el hielo en las arterias
y la nieve en los cabellos.

Sin temor de calumniarle,
bien asegurar podemos,
que es remedo de la muerte
por su facha y por sus hechos.

No lleva la atroz guadaña,
cuya vista mete miedo;
pero atesta, con sus frios,
de gente los cementerios;

Siendo tan inexorable
nivelador, tan severo,
que en sus golpes no distingue
los nobles de los plebeyos.

Carlo-Magno, rey potente,
y uno de los más tremendos
capitanes que la fama
de esforzados merecieron;

Inmortal llegó á juzgarse,
por una gracia del cielo,
y de un catarral mandoble
le despachó el mes de Enero.

Pedro el Magno, ó Pedro el Grande,
hombred de pujanza y genio,

que logró sentar en Rusia
la base de un vasto imperio,

Desde Febrero á Diciembre
se burló del universo,
y Enero le echó á la tumba
coto á su ambición poniendo.

El célebre Enrique Octavo,
rey de Inglaterra soberbio,
que hizo degollar tres reinas...
nada más por el pescuezo,

Siguió la huella de Carlos,
marcando la suya á Pedro,
á Enero entregando un día
con su existencia su cetro.

Carlos el Calvo, Teodosio,
el famoso Carlos séptimo
de Francia, y el de Alemania
Maximiliano primero;

El católico Fernando,
y otros muchos que no miento,
de Enero á los formidables
romadizos sucumbieron.

Tampoco tiene á la ciencia
dicho mes los miramientos
que debiera, y pruebas muchas
puedo dar, citando ejemplos.

Enero mató de un pasmo
al ilustre Galileo,
autor de la teoría
del terrenal movimiento.

Enero mandó al sepulcro
también al pobre Linneo,
el que descubrió en las plantas
la diferencia de sexos. |

Enero, en fin, ya quejoso
del Draque, su compañero,
mató al Draque, y, voto al Draque,
no he de reñirle por ello. |

Pero no sólo en los hombres
de caracteres diversos
esparce Enero la muerte
con sus homicidas hielos;

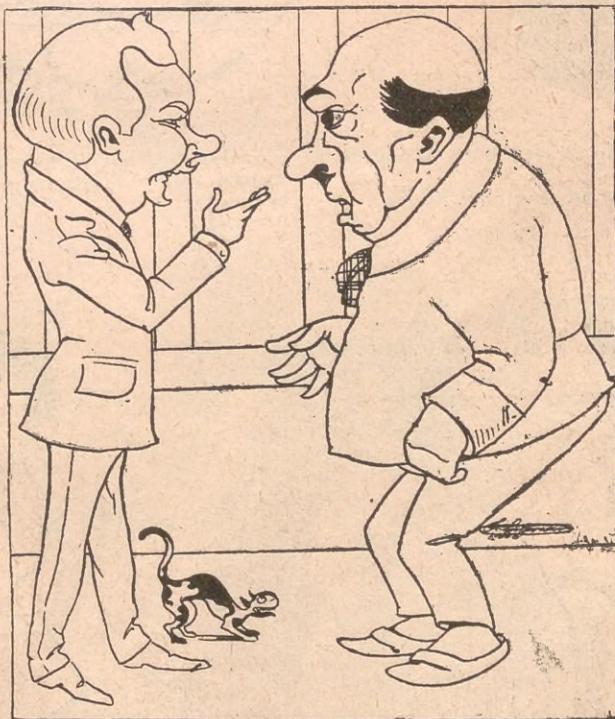
En todos los animales
su rigor ensaya, terco,
desde la cabra al caballo,
y desde el buey al cordero;

Siendo tan duro de entrañas,
que al que no quita de en medio
le roba la carne á libras,
hasta dejarle en los huesos;

Razón por la cual, sin duda,
dice un antiguo proverbio
que Enero y Febrero comen
más que Madrid y Toledo.

Y no digo más, lectores,
sino que os andéis con tiento,
y viváis muy prevenidos
en llegando el mes de Enero.

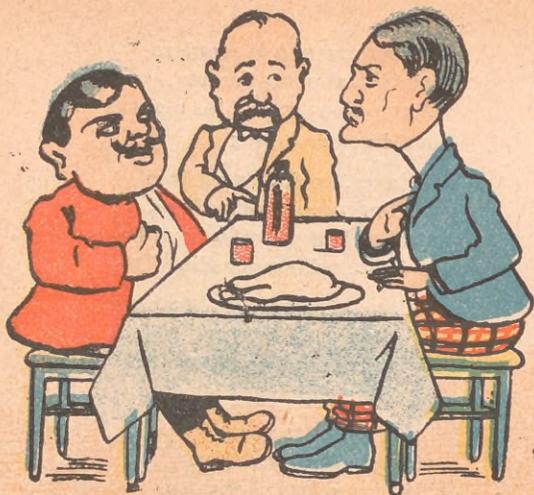
E. N.



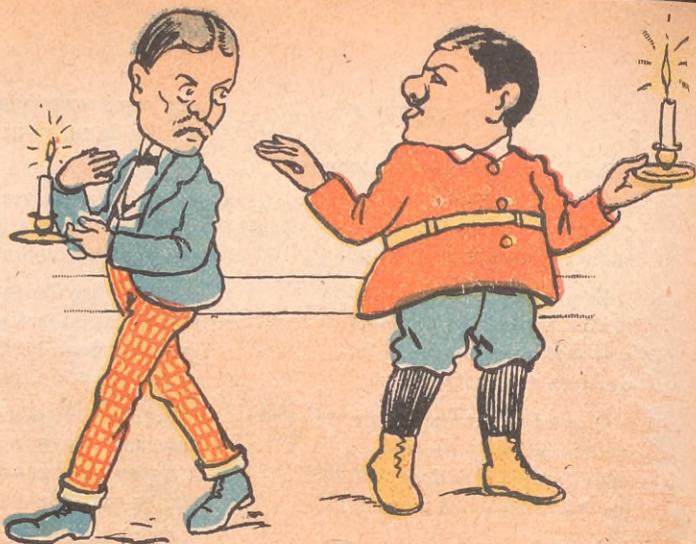
ALGUNOS MINUTOS MAS

El padre.—Oye, Ricardo, ¿á qué hora viniste [anoche?

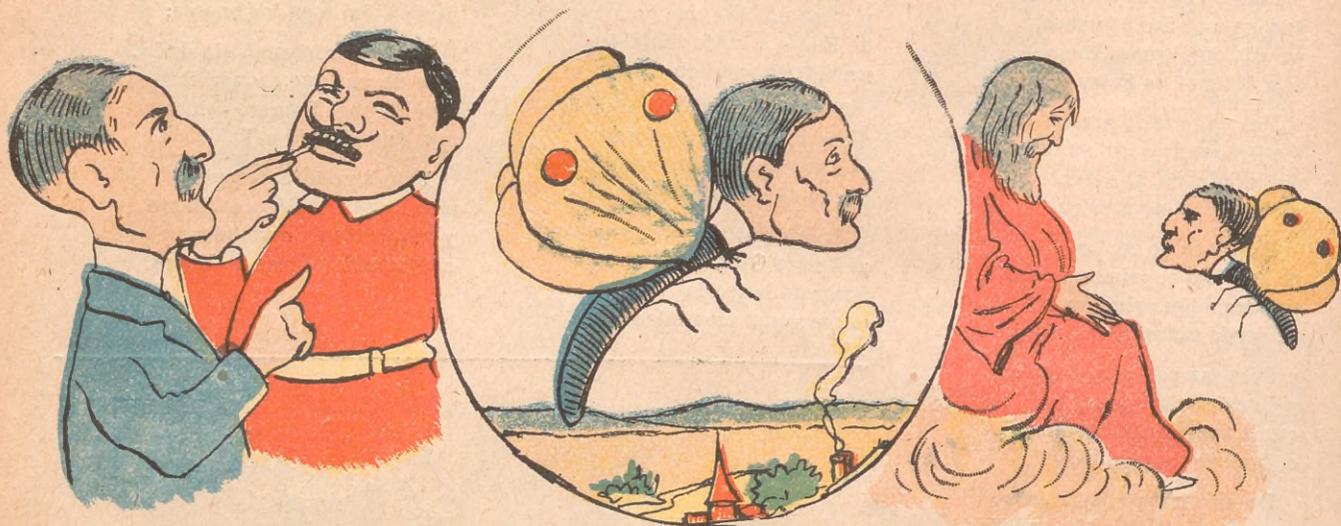
El hijo.—A las once y algunos minutos más. A las once
y ciento ochenta minutos.



Un día, un célebre explorador americano, disputaba con un inglés, sobre cuál de los dos debía comerse, a la mañana siguiente, el único pollo asado que había en la posada.



Por fin se pusieron de acuerdo.
—El que esta noche haya tenido el sueño más hermoso para él será el pollo.



Por la mañana siguiente el inglés dijo:

—He tenido un magnífico sueño...

... Que me había yo transformado en una bonita mariposa y he subido hasta el cielo...

... cerca del trono de Dios, que me ha dicho:

—El americano es un mal sujeto, y tú te comerás el pollo.



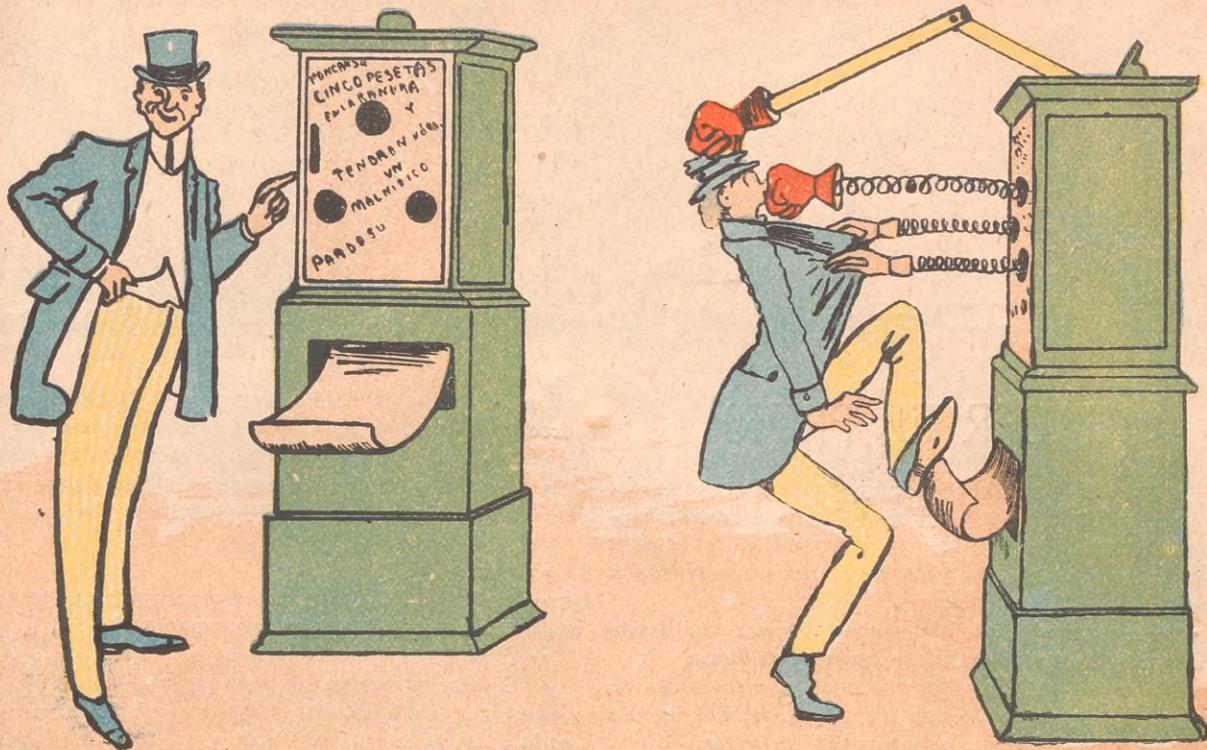
—¡Toma,—dijo a su vez el americano,—precisamente yo le he visto cuando subía y me he dicho para mí colete:

—Seguramente mi contricante se va al Paraíso a fundar una colonia inglesa y ya no volverá...



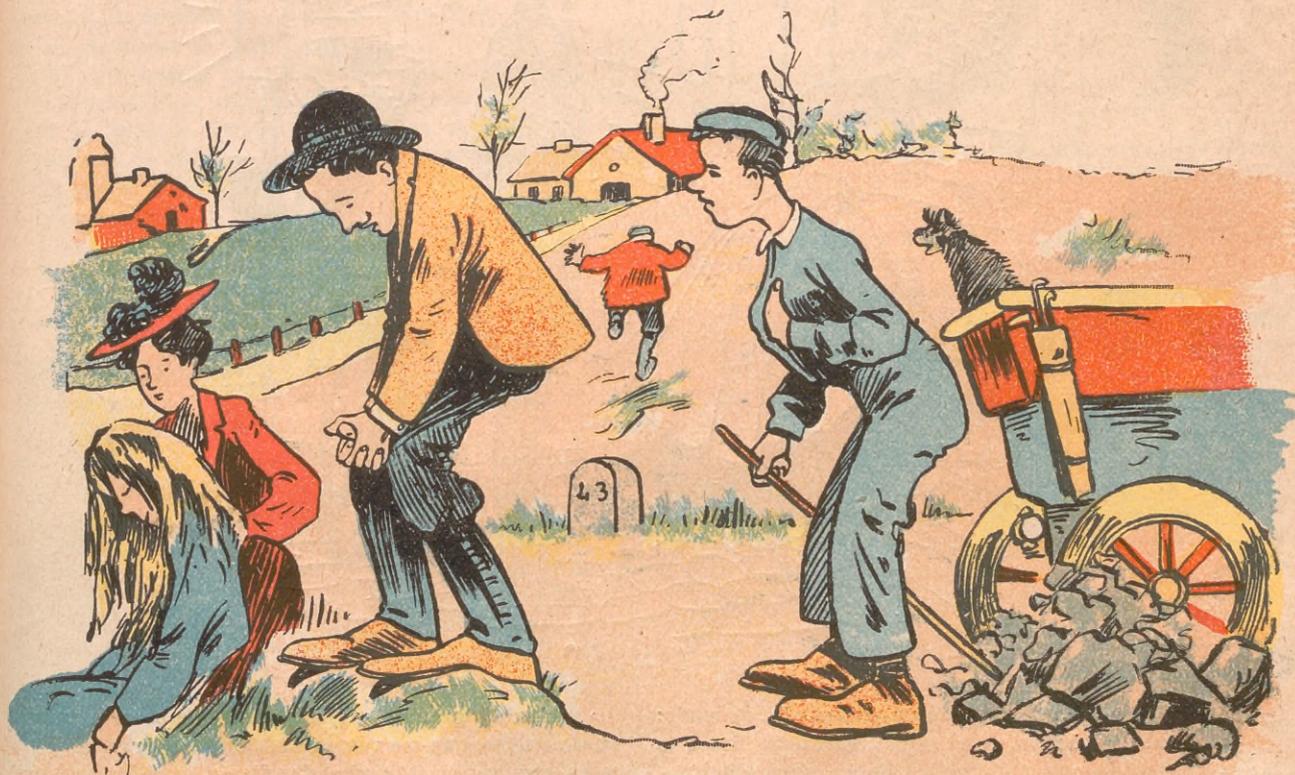
... ¡y me he comido el pollo!

UN CASO IMPREVISTO



—¡Eh, eh! Precisamente tengo un duro que no lo puedo endosar, y me parece que este es el momento indicado para servirme de él.

—¡Horror! El caso estaba previsto por el constructor... y el aparato rehusaba enérgicamente las monedas falsas.



—¡Ah, caballero; es su mamá política la que ha caído en el agua... que desgracia!
—¡No, cá... no es más que un incidente; la desgracia es que mi chaffeur la ha salvado!



HACER EL PRIMO

—Aquí donde me veis,—nos dijo Cachupin, una tarde,—yo; el solterón empedernido, he estado, en cierta ocasión, á punto de caer en el lazo matrimonial... y como el caso merece, quizás, la pena de referirse, os le voy á contar.

«Hace algunos años, me encontraba yo, ventilando cierto negocio, en la capital de Austria, en Viena.

»Una tarde, cuando habia terminado ya mi tarea de aquel día, vi pasar una linda joven, poseedora de la más extraordinaria cabellera que os podéis imaginar.

»Me puse en su seguimiento y, al cabo de algunos se-

cil, pues yo hablo detestablemente el alemán; pero ya procuraré daros á entender, apelando á la mimica.

»La joven se detuvo, me miró un momento y repuso:

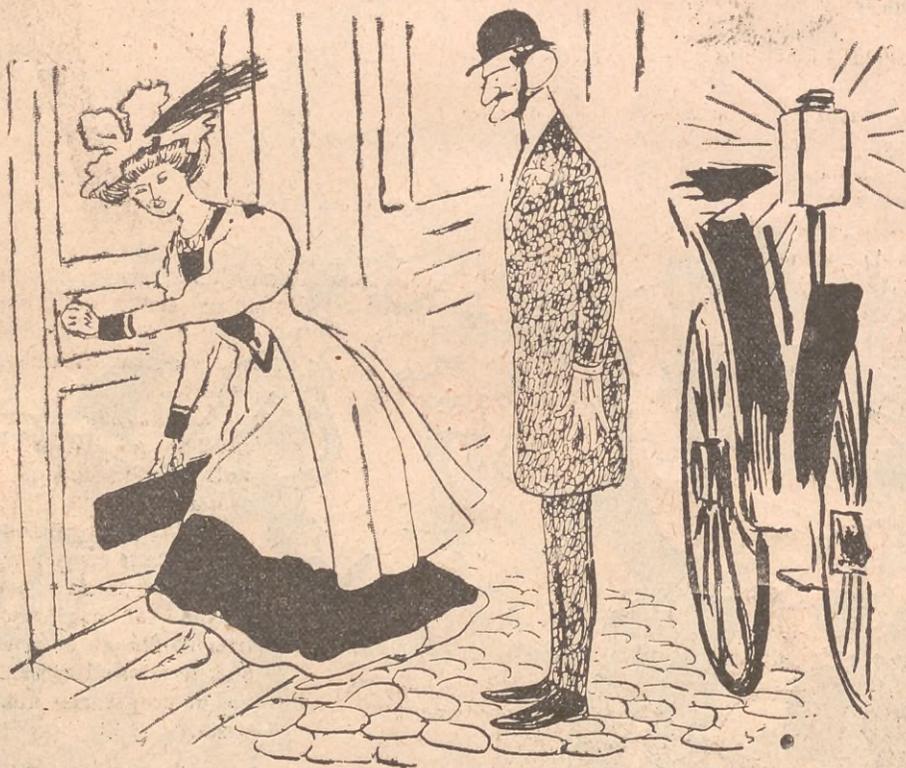
—Conozco el francés, acaso no lo bastante para expresarme con corrección, pero si lo suficiente para que podamos entendernos.

»Yo exclamé:

»—¡Soberbio!... ¿Quiere usted permitirme que la acompañe, siquiera durante algunos momentos?

»—¡Con mucho gusto!—respondió.

»—Si teme usted que nos vean juntos,—añadi yo,—podemos ir á una repostería y tomar una *hobitación reservada*... Así es como, en Viena y en toda Alemania, se llama á los gabinetes particulares de las fondas.



gundos de vacilación, la abordé resueltamente, diciendo:

—Señora... ó señorita, ante todo dispéñeme usted el atrevimiento de que la dirija la palabra, para manifestarle la gran impresión que me han producido sus encantos... Y luego, la suplico que me diga si habla el francés ó el español: en caso afirmativo, nos entenderemos perfectamente... En el contrario, la cosa será algo más difi-

»—¡Muchas gracias!—repuso ella.—Pero sería inútil, pues no temo que me vea nadie... Sin embargo, si usted desea que vayamos á una *Confitería*, aceptaré gustosa una taza de café con leche.

»Confieso que me hallaba un tanto sorprendido al verme acogido con tanta facilidad; pero, de todas maneras, no dejé de considerar como una verdadera suerte haber

tropezado con una bella vienesa que hablaba el francés y que tenía tan amable carácter.

»Diez minutos después, nos hallábamos instalados, en



una *Confitería*, ante una bandeja donde, al lado de la cafetera y del jarrillo de la leche, veíanse dulces y pastillos de varias clases.

»Luego que hicimos, de todo ello, regular consumo y que, de nuevo, nos encontramos en la calle, yo, continuando la conversación propuse á mi hermosa acompañante que comiéramos juntos.

»—Con mucho gusto,—contestó.

»¡Y juntos comimos efectivamente!

»Luego la dije:

»—¿Tendría usted la amabilidad de acompañarme á un *Café concierto*?

»—En rigor,—respondió,—no habría inconveniente; pero, si he de decir la verdad, prefiero la *Opera*.

»—¡A la *Opera*, pues! —dije.

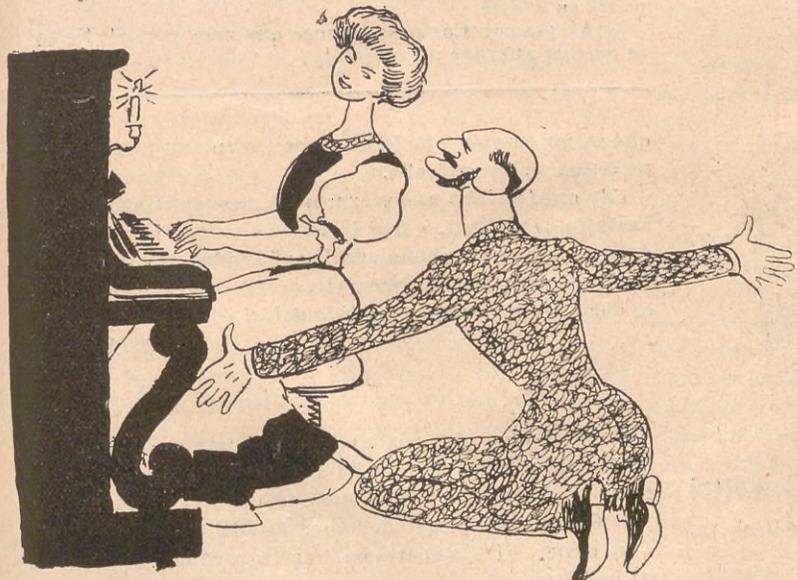
»¡Y allá fuimos, á oír *Tristán é Isolda*.

»Terminado el espectáculo, tomé un carruaje y, antes que yo, hubiera tenido tiempo de dar, al cochero, la dirección de la fonda en que paraba, mi bella vienesa dióme otras señas distintas.

»Yo pensé:

»—¡Magnífico!... ¡Prefiere recibirme en su casa!...

»Cuando llegamos á su domicilio, ella se apeó ligera-



mente y, ya con la mano izquierda en el botón del llamador, me tendió la otra diciendo:

»—¡Doy á usted las más sinceras gracias por su amabilidad y sus obsequios... Si usted lo desea, podemos vernos también, mañana...

»Yo comprendí que sería, en mi, una torpeza solo á propósito para echarlo todo á perder, el insistir en continuar á su lado.

»—¡Sea!—dije.—Hasta mañana, en que, si usted lo permite, merendaremos también juntos.

»—¡Eso es!... ¡Podemos vernos en la *Confitería*!...

»¡Y todo aquello, estaba dicho con gran sencillez!... ¡Oh! ¡Sí! ¡Con toda la sencillez imaginable!...

»Efectivamente, así aquel día como en los sucesivos continuamos viéndonos y, yo, pude convencerme de que,



mi bella acompañante, era una joven completamente honrada, á quien, su familia, destinaba á la carrera del canto.

»¡Cuánto difieren, nuestras costumbres, de las de países como el de que se trata!...

»Continuando en su trato, acabé por advertir que iba prendándome... y muy seria y profundamente de Elsa, tal era su nombre.

»Consideraba yo con terror, la llegada del momento en que tuviere que regresar á la madre patria y, por primera vez, se ofreció á mi imaginación la idea del matrimonio, la de crearme un hogar, en el cual terminar dichosamente mis días, en vez de prepararme una vejez solitaria y triste.

* * *

»Pocos días después, yo llevé á Elsa, á una fonda de verano, en la que tomamos un gabinete reservado.

»Era, ésta, un saloncito delicioso, cuya abierta ventana daba á un jardín lleno de bosquecillos y en cuyo centro había un kiosco para la música.



¿POR QUE EL INVIERNO PASA MÁS PRONTO?

- Sí, don Primo, me gusta más el invierno que el verano.
 —¿Por qué?
 —Porque el invierno pasa más pronto.
 —¿De veras?
 —¿No ve usted que los días son más cortos?

»Después de comer, Elsa se sentó al piano y cantó una romanza sentimental con arte tan exquisito, con tanta ternura que yo, incapaz ya de contenerme, caí á sus pies, exclamando:

»—¡Elsa! ¡Mi adorada Elsa, amo á usted con todo mi corazón!... ¡Permitame lisonjearme con la esperanza de que, al fin, llegará día en que podré llamar á usted mi esposa!...

»Ella, sonriendo dulcemente, respondió.

»—La proposición de usted me honra mucho; pero desgraciadamente, no puedo aceptarla...

»—¿Qué dice usted?...

»—La verdad... Estoy comprometida... y precisamente



EN ESTE Y EN EL OTRO MUNDO

- No comprendo, doctor, como no le han dado á usted alguna cruz.
 —¡Quiere usted, señora! Nosotros los médicos tenemos muchos enemigos en este mundo.
 —Y en el otro también.

con el violinista que toca en este establecimiento... Mire usted: ese que, ahora, entra en el kiosco...

»—Entonces,—exclamé,—¿por qué haberme dejado esperar?...

»—Yo no le he dejado esperar nada á usted...

»—¿Por qué haberme dejado entrever?...

»—¡No le he dejado entrever nada!...

»—¿Por qué haberme permitido que la acompañase á todas partes, que la obsequiara, que?...

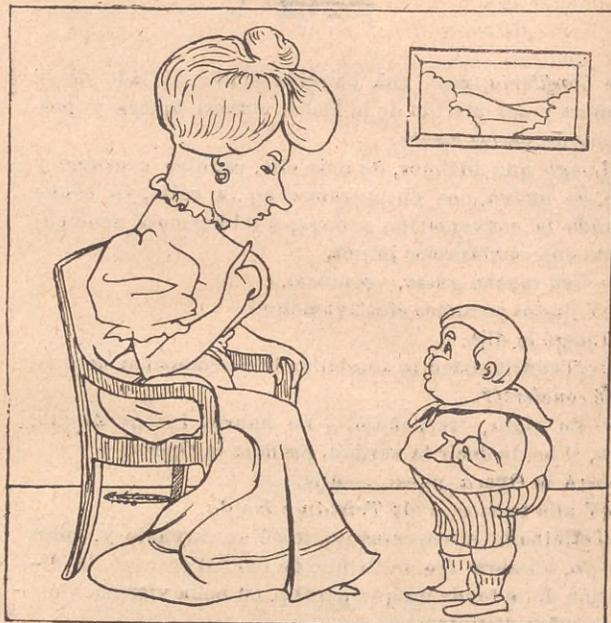
»—¡Ah!... ¡Eso es muy natural!...

»—¡Natural!...

»—Es claro!... Ya creo haber dicho á usted que pienso dedicarme á la carrera del canto, de cuyo modo, mi esposo y yo tendremos colocación segura...

»—Bien: ¿y qué?...

»—Pues que, como es natural y conveniente, aprovecho todas las ocasiones para ejercitarme en hablar idiomas extranjeros que, luego, me han de ser muy útiles... ¿Y



LOS NIÑOS DEL DIA

—Hoy has sido malo, Paquito, y en cuanto venga tu padre se lo diré.

—¡Ay mamá! ¡Cómo se conoce que eres mujer! ¡No te es posible guardar un secreto!

qué mejor ocasión que la de tener á mano un joven aristocrático y obsequioso?...

»Me quedé hecho una pieza; callé, acompañé á mi bella hasta su domicilio... y me apresuré á tomar el tren para volver á nuestra calumniada España, pues no sentía vocación de profesor de idiomas... y de profesor pagano, es decir, de *primo por partida doble!*

A. V.

Un individuo que acaba de salir de una grave enfermedad, se entera de que ha muerto su médico, que le debía algún dinero, y que no ha dejado más que deudas.

—¡Cuánto me alegro de haber estado enfermo!—dice á su mujer.—De lo contrario, habría perdido mi dinero miserablemente.

CARMEN

POR

PROSPERO MERIMEE

(CONTINUACIÓN)

Muy bien acogido por los buenos Padres, pasaba los días en su convento y paseábame por las [noches por la ciudad. Hay en Córdoba, al ponerse el sol, copia de ociosos en el pretil que está á la orilla derecha del Guadalquivir. Respirase allí las emanaciones de una tenería que conserva aún la antigua fama del país para el curtido de los cueros; pero, en cambio, gózase de un espectáculo que no deja de tener su mérito. Algunos minutos antes del *Angelus* júntanse gran número de mujeres á orillas del río, bajo el pretil, que es bastante alto. Ningún hombre sería osado á mezclarse en aquel tropel. Al punto que toca el *Angelus* tiénese, por ser ya noche. Al dar la última campanada, todas esas mujeres se desnudan y entran en el agua. Entonces son los gritos, las risas, una baránda infernal. De lo alto del pretil los hombres contemplan á las bañistas, abren un palmo de ojos, y no ven gran cosa. Sin embargo, esas formas blancas é inciertas que se deslizan en el oscuro, azul del río mueven á trabajar á los espíritus poéticos, y con un poco de imaginación no es difícil representarse á Diana y sus ninfas en el baño, sin tener que tamer la suerte de Acteón. Me han dicho que algunos buenas piezas reunieron un día una cantidad, á escote, para darle unto al campanero y hacerle tocar el *Angelus* veinte minutos antes de la hora legal. Por más que hubiese todavía mucha luz, las ninfas del Guadalquivir no vacilaron, y, fiándose más del *Angelus* que del sol, hicieron con toda seguridad de conciencia su tocado de baño, que es siempre de los más sencillos. Yo no estaba. En mi tiempo el campanero era incorruptible, el crepúsculo poco claro, y tan solamente un gato hubiera podido distinguir la más vieja naranjera de la más linda menestrala de Córdoba.

Una noche, á la hora en que ya no se ve nada, estaba yo fumando recostado en el parapeto del pretil, cuando una mujer, subiendo por la escalera que conduce al río, vino á sentarse cerca de mí. Llevaba en el pelo un abultado ramillete de jazmines cuyos pétalos exhalan por la noche un olor embriagador. Iba sencillamente, quizás pobremente vestida, toda de negro, como la mayor parte de las menestralas por la noche. Las mujeres *comme il faut* no van de negro más que por la mañana; por la noche se visten á la francesa. Al llegar cerca de mí, mi bañista dejó deslizar por sus espaldas la mantilla que le cubría la cabeza, y á la oscura claridad que cae de las estrellas ví que era pequeñita, joven, bien formada y con unos ojos muy grandes. Al punto tiré mi cigarro. Comprendió esta atención, de una urbanidad enteramente francesa, y se apresuró á decirme que le gustaba mucho el olor del tabaco y que hasta fumaba ella cuando encontraba pitillos muy suaves. Por dicha teníalos yo en mi petaca y me apresuré á ofrecérselos. Ella se dignó aceptar uno y lo encendió al extremo de una mecha ardiendo que nos trajo un niño mediante dos cuartos. Mezclando nuestros humos, hablamos largo tiempo la bella bañista y yo, que nos encontramos casi á solas en el pretil. Creí no ser indiscreto ofreciéndole ir á tomar un helado en la horchatería. Después de una modesta vacilación, aceptó; pero antes de decidirse deseó saber qué

hora era. Hice tocar mi reloj y aquel campaneó pareció sorprenderla mucho.

—¡Qué cosas se inventan en su tierra de ustedes, señores extranjeros! ¿De qué país es usted, caballero? Inglés, sin duda.

—Francés, y muy servidor de usted. Y usted, señorita ó señora, ¿será usted probablemente de Córdoba?

—No.

—Es usted andaluza, por lo menos. Me parece reconocerlo en su dulce habla de usted.

—Si tan bien repara usted en el acento de la gente, debe usted adivinar sin dificultad quién soy.

—Creo que es usted de la tierra de María Santísima, á dos pasos del paraíso.

(Había aprendido yo esta metáfora, que designa la



Andalucía, de mi amigo Francisco Sevilla, picador bien conocido).

—¡Bah! El paraíso... Las gentes de aquí dicen que no se hizo para nosotros.

—Entonces, debe usted de ser morisca ó... —y me detuve, no atreviéndome á decir judía.

—¡Vaya, vaya! Bien ve usted que soy gitana. ¿Quiere su mercé que le diga *la baji?* (1) ¿Ha oído usted hablar de la Carmeneita? Soy yo.

Era yo entonces tan descreído, hace de eso quince años, que no retrocedí de horror viéndome al lado de una bruja.

—¡Bueno! —me dije;—la semana pasada he cenado con un saltador de camino real y vamos hoy á tomar sorbetes con una sierva del diablo. Cuando se viaja hay que verlo todo.

Tenia otro motivo, además, para cultivar su conocimiento. Al salir del colegio, lo confesaré para mi vergüenza, había perdido algún tiempo estudiando las ciencias ocultas y aún muchas veces había intentado conjurar el espíritu de las tinieblas. Curado desde hace largo tiempo de la pasión por semejantes investigaciones, no dejé de conservar por eso cierto atractivo de curiosidad por todas las supersticiones, y alborozábame con la idea de saber hasta qué punto se había elevado el arte de la magia entre los gitanos.

Así hablando entramos en la horchatería y nos sentamos á una mesita iluminada por una vela encerrada dentro de un globo de cristal. Tuve entonces ocasión de exa-

(1) La buenaventura

minar á mi gitana mientras algunas honradas gentes se pasaban, tomando sus helados al verme en tan buena compañía.

Dudo mucho que la señorita Carmen fuese de pura raza, á lo menos era infinitamente más linda que todas las mujeres de su nación que haya yo encontrado nunca. Para que una mujer sea bonita, dicen los españoles, es menester que reúna treinta *sies*, ó, si se quiere, que se pueda definirla por medio de diez adjetivos aplicables cada uno á tres partes de su persona. Por ejemplo: debe tener tres cosas negras, los ojos, las pestañas y las cejas; tres finas, los dedos, los labios y los cabellos, etc. Ved Brantôme para el resto. Mi gitana no podía pretender á tantas perfecciones. Su piel, por otra parte perfectamente tersa, se aproximaba mucho al tinte del cobre. Sus ojos eran oblicuos, pero admirablemente rasgados; los labios algo gruesos, pero bien dibujados, y dejaban ver unos dientes más blancos que almendras despellejadas. Sus cabellos, quizás un poco ásperos, eran negros, con reflejos azulados como el ala de un cuervo, largos y relucientes. Para no fatigaros con una descripción demasiado prolija, os diré, en suma, que á cada defecto reunía



una cualidad que resaltaba quizás más fuertemente por el contraste. Era una belleza extraña y salvaje, una cara que sorprendía al principio, pero que no se podía olvidar. Sus ojos, sobre todo, tenían una expresión á la vez voluptuosa y bravia que no he encontrado después en ninguna mirada humana. «Ojo de gitano, ojo de lobo», dice un refrán español, que denota una buena observación. Si no tenéis tiempo para ir al Jardín de Plantas á estudiar la mirada de un lobo, reparad en vuestro gato cuando acecha un gorrion.

Compréndese que hubiera sido ridiculo hacerse decir la buenaventura en un café. Así es que rogué á la linda hechicera me permitiese acompañarla á su domicilio, á lo cual consintió ella sin dificultad, pero quiso conocer otra vez aún la marcha del tiempo y me rogó de nuevo que hiciese tocar mi reloj.

—¿Es verdaderamente de oro?—dijo mirándolo con excesiva atención.

Cuando nos volvimos á poner en marcha era muy entrada ya la noche; la mayor parte de las tiendas estaban cerradas y las calles casi desiertas. Pasamos el puente del Guadalquivir, y al extremo del arrabal nos detuvimos ante una casa que en manera alguna tenía la apariencia

de un palacio. Abriéron un niño. La gitana le dijo algo, en una lengua desconocida para mí, que después supe era el *rommani* ó *chipecalli*, el idioma de los gitanos. El niño desapareció al momento dejándonos en un cuarto bastante espacioso, amueblado con una mesita, dos taburetes y un cofre. No debo olvidar una tinaja, un montón de naranjas y un rastro de ajos.

Así que estuvimos solos, la gitana sacó del cofre una baraja que parecía haber servido mucho, un imán, un camaleón disecado y algunos otros objetos necesarios á su arte. Díjome después que hiciera la señal de la cruz en mi mano izquierda con una moneda, y empezaron las ceremonias mágicas. Es inútil referiros sus predicciones; y en cuanto á su manera de operar, era evidente que no era hechicera sino á medias.

Por desgracia, pronto vino alguien á interrumpirnos. Abrióse de pronto la puerta con violencia y entró en el cuarto un hombre embozado hasta las cejas en una capa parda, apostrofando á la gitana de una manera poco graciosa. No comprendí lo que decía, pero el tono de su voz indicaba que se hallaba de muy mal humor. La gitana no mostró al verle ni sorpresa ni cólera, sino que se adelantó á su encuentro y con una volubilidad extraordinaria dirigióle algunas frases en la lengua misteriosa que había ya empleado delante de mí. La palabra *payo*, repetida á menudo, era la sola voz que yo comprendiese por saber que los gitanos designan así á todo hombre extraño á su raza. Suponiendo que se trataba de mí, esperaba tener una explicación delicada: ya había puesto yo mano en uno de los taburetes y silogizaba para mis adentros al objeto de adivinar el momento preciso en que convendría arrojarlo á la cabeza del intruso. Este rechazó rudamente á la gitana y avanzó hacia mí. En seguida, retrocediendo un paso, dijo:

—¡Ah, caballero! ¡Es usted!

Miréle á mi vez y reconocí á mi amigo D. José. En aquel momento sentía un poquito no haberle dejado ahorcar.

—¡Hola! ¡Es usted, mi valiente!—exclamé riendo lo menos conejo que pude;—ha interrumpido usted á esa señorita en el momento en que me anunciaba cosas harto interesantes.

—¡Siempre la misma! ¡Esto ha de acabar!—dijo, entre dientes, clavando en ella una mirada torva.

Entretanto continuaba la gitana hablándole en su lengua; iba animándose por grados; inyectábanse en sangre sus ojos y aparecía terrible; contraíanse sus facciones; hería el suelo con el pie. Parecióme que ella le instaba vivamente á hacer algo por lo cual mostraba él alguna vacilación. Lo que era, de sobras creía comprenderlo yo al verla pasar y repasar rápidamente su manecita por debajo la barbilla. Tentado estaba de creer que se trataba de un pescuezo que cortar y abrigaba algunas sospechas de que ese pescuezo no fuese el mio.

A todo este torrente de elocuencia sólo respondió don José con dos ó tres palabras pronunciadas en tono breve. Lanzóle entonces la gitana una mirada de profundo desprecio, y en seguida, sentándose con las piernas cruzadas en un rincón del cuarto, cogió una naranja, mondóla y se puso á comerla.

D. José me tomó del brazo, abrió la puerta y me condujo á la calle. Dimos cerca doscientos pasos en el mayor silencio, y luego, extendiendo la mano, dijo:

—Vaya usted todo recto y encontrará usted el puente.

(Se continuará.)



DE TODO UN POCO

Gedeón se ha vuelto el hombre más económico del mundo.

Pero económico á lo Gedeón, naturalmente.

La otra noche, al volver del teatro, con su esposa, se detiene, á la mitad de la escalera, se inclina al suelo y comienza á buscar algo.

Cuando lleva ya gastadas cuatro ó cinco cerillas, le pregunta impaciente, su consorte:

—¿Pero qué estás buscando?

Y Gedeón responde, en tono satisfecho:

—¡Un fósforo que se me ha caído!
¡En este mundo, no se debe desperdiciar nada!

Un individuo se acerca á un zapatero que está en una portería y le dice:

—¿Quiere usted dar una voz á la seña Paca?

—¿Por qué no?—responde el otro.

Y grita, con voz estentórea.

—¡Seña Paca!

Al cabo de algunos minutos, añade el prójimo en cuestión.

—¿Querria usted volver á llamar?

—¡Cómo querer, desde luego, pero no contestarán!

—¿Por qué?

—Porque aquí, no hay ninguna seña Paca.

—¡Hombre! ¡Podía usted habérmelo dicho antes!

—¡Es que, antes, no me lo había usted preguntado!

A las tres de la madrugada, en sitio solitario.

Un atracador dice á un transeunte:

—¡Alto!

Y el interpelado responde, echando á correr:

—¡Eso no va conmigo, pues me libré de quintas por no llegar á la talla!

MADRID.—Encargado de la venta: José Lerin, Abada, 32.

VALENCIA.—Vicente Pastor. Victoria, 11, principal.

Correspondencia: Apartado de Correos, 88

BIBLIOTECA ROSA

- La comedianta*, por Paul de Molenes.
Drama de amor, por Federico Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Merimee.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L. Jacolliot.
La justiciera de sí misma, por Carlos Barbará.
Teresita (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
El capitán Burle, por Emilio Zola.
Las sendas de Dios, por B. Bjornson.
El monstruo, por Carlos Bedin.
Nalda Micoulin, por Emilio Zola.
El sillón fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonie y Mederico, por Emilio Zola.
La ple de León, por Carlos de Bernard.
El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.
El fin de Lucía Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.

- La fiesta de Coqueville*, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle-Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molenes.
El maestro de escuela, por Federico Soulié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.
La venganza de Kostah, por Reinaldo Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavio Feuillet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de Balzac.
La herencia de un cómico, por Ponson du Terrail.

BIBLIOTECA AZUL

- El tesoro del plata*, por Roberto Luis Stevenson, con preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.

- Magdalena la Mendiga*, por Luis Jacolliot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis Jacolliot.
Orso, por Enrique Syenkiewiez.
El Hijo Maldito, por Honorato de Balzac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Perrin.
Una orgía de sangre, por Aureliano Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewiez.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zaccane.
La Salamandra, por Eugenio Sué.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto Daudet.
La reina Mab, por Guillerme Holiday.
El novio de la señorita Saint-Maur, por Victor Cherbullez.

Para pedidos, dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas: Plaza de Tetuán, 26, Barcelona.



—Cada mañana doy un pequeño paseo que me es necesario para almorzar.
—¡Para tener buen apetito!
—¡No! Para haber si encuentro alguien que me preste una peseta.